

te. Y de aquí, por esto mismo, la mayor riqueza esencial en la poesía de Claudio Rodríguez.

El impulso hacia estas páginas ha sido de celebración y de canto: mi modo de agradecer, y de festejar, a quien nos ha enseñado a celebrar el mundo y a querer escuchar siempre el hondo cántico de lo real. Por ello, al acotar el tema, quedaron necesariamente excluidas las otras vetas (críticas, dolorosas, acaso amargas) que, desde el otro costado, dan igual peso y razón, dan quizá aún más compartible calor, a su poesía íntegra. He aventurado sólo unos pocos poemas hacia una posible antología esencial de Claudio Rodríguez, en el específico sentido que a la noción de *esencial* comencé por atribuir. Una antología, pues, de sus momentos hacia el ser o la esencia, no para abstraerlo y desde esta ladera añorarlo como inalcanzable entidad sobrepasadora, sino para «estar con el ser», para estar con él entre las cosas, como muy certeramente advierte Gonzalo Sobejano y vimos ya muy atrás.

Sin embargo: ¿es ésta mi selección definitiva? Desde luego que no: estoy seguro de que, cuando vea publicados estos rápidos apuntes, ya pensaré distinto. Todo es provisional, pues lo provisorio y mutable es signo de nuestro único seguro haber: la temporalidad, el tiempo. Pero sí me ha animado un jubiloso propósito: el de unirme al canto alegre con que hoy rodeamos sus lectores y amigos a Claudio Rodríguez por este Premio Nacional que, al otorgársele en 1983, se ha dignificado a sí mismo. En este momento, o sea, justo cuando ahora escribo: tiempo y canto, nada más. Lo ha dicho también el propio poeta al final del poema «*Elegía desde Simancas (Hacia la Historia)*», que cierra su último libro: *Aquí ya no hay historia ni siquiera leyenda| sólo tiempo hecho canto*⁶.

Envío (personal)

Lo acabo de decir: la ocasión es de regocijo y celebración. Me sean, pues, permitidas las efusiones. Los largos treinta años que van desde *Don de la ebriedad* (1953) hasta la fecha, son los mismos de mi ya larga relación amistosa con Claudio Rodríguez. Le conocí justamente entonces, en la Facultad de Letras de Madrid, con su flamante y recientísimo Premio Adonais por aquel libro (*flamante*: la palabra que tal vez menos convenga a Claudio, cultivador natural —como el Eugenio de Luermo de su poema— de la más entrañable llaneza). Fue así mi primer compañero cercano de clases y mi primer amigo en España, acabado de llegar yo de Cuba, mi país. Después, sólo muy poco después, vinieron otros: Paco Brines, Carlos Bousoño, Pepe Hierro... Y muy cerca, en todo momento, ese Amigo Mayor que siempre encontramos en la humanidad generosísima de Vicente Aleixandre. Con ellos integré mi primer grupo español de amistad y poesía, que ha permanecido intacto y acrecido hasta hoy. He sido afortunado...

Por aquellos mismos años le apareció a Claudio —nos apareció a todos, que la queremos tanto— Clara: Clara Miranda de Rodríguez, su mujer y leal compañera. De

⁶ Para la redacción de este ensayo, el autor dispuso de una beca del *Professional Staff Congress of The City University of New York* (1984).

fervor en la amistad y la compañía y de entusiasmo ante la vida, no sé de quién he aprendido más: si de él o de ella. Tampoco sabría decir qué secretos lazos les ha unido en el ejercicio de estas nada comunes virtudes, pero sospecho que por esas virtudes se escogieron mutuamente. Y que las *afinidades electivas*, de que hablaba Goethe, cristalizaron entre los dos rara y hermosamente.

Le comenté un día a Gonzalo Sobejano que, en este ensayo, intentaba un a modo de crítica «hospitalaria» (me dio por llamarla así, y ya se comprenderá por qué). Recuerdo que me contestó que era eso algo insólito (aludiendo quizá a las veces en que los escritores son impunemente «saqueados» por el usurpador, los usurpadores). Puestos ya a libertades, vaya esta otra e igualmente insólita: estampar una dedicatoria, a posteriori, en la que uno de los dos destinatarios sea precisamente la persona sobre quien se ha escrito aquello que se dedica.

Y amparado en tal libertad, ésta sería la mía: Para Clara y Claudio, con un abrazo... *pero abrazo hasta el fin que nunca afloja.*

JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ
Agustín de Foxá, 16-18
28016 MADRID

La legitimación indígena en dos novelas centroamericanas

A partir de los años cuarenta, en Centroamérica, se manifiesta, en una serie de relatos de unos cuantos autores vinculados biográficamente con la «zona maya», el transparente proyecto de articular el texto literario de modo radical —y no sólo temático o referencial— con el mundo indígena¹. Centrándonos en dos de las novelas más significativas de esta serie, *Hombres de maíz* (1949), del guatemalteco Miguel Angel Asturias, y *Balún Canán* (1957), de la chiapaneca Rosario Castellanos, trataremos de presentar, sucintamente y a modo de hipótesis, las líneas convergentes y divergentes de este proyecto literario.

¹ Incluimos en esta serie, sin pretensiones de exhaustividad, los textos siguientes (se indica el año de la primera publicación y el «país de origen»): E. ABREU GÓMEZ: *Canek*, 1940, Yucatán; M. A. ASTURIAS: *Hombres de maíz*, 1949 y *Mulata de tal*, 1963, Guatemala; R. CASTELLANOS: *Balún Canán*, 1957, Ciudad Real, 1960 y *Oficio de tinieblas*, 1962, Chiapas; E. ZEPEDA: *Benzulúl*, 1959, Chiapas; C. A. CASTRO: *Los hombres verdaderos*, 1959, Chiapas. Los guatemaltecos F. Herrera y M. Monteforte Toledo, contemporáneos de los precedentes, practican una narrativa indigenista de corte más tradicional. Ediciones usadas: *Hombres de maíz*, Buenos Aires, Losada, 1968, 6.ª edición; *Balún Canán*, México, F. C. E., 1957.

I. La zona maya

La zona maya, bien se sabe, no corresponde a ninguna entidad nacional moderna. Se extiende, grosso modo, del istmo de Tehuantepec hasta el río Ulúa (Honduras), e incluye parcial o totalmente, según las fronteras actuales, los estados mexicanos de Chiapas, Tabasco, Campeche, Yucatán, y el territorio de Quintana Roo, así como las repúblicas independientes de Guatemala, Belize y Honduras. Para hacer resaltar la ya antigua identidad sociocultural de la zona maya, no protegida por ninguna frontera política, nos permitiremos una pequeña incursión en la historia regional.

Mucho tiempo antes de la conquista española, en los siglos que preceden y suceden a las repetidas irrupciones de los toltecas o nahuas del norte, los grupos mayenses, diseminados a través de regiones muy variadas en cuanto a su altura sobre el nivel del mar y su ecología, van creando no precisamente un imperio, sino, más bien, una especie de civilización común, policéntrica y cambiante. Las señas de identidad de la civilización maya son, en primer lugar, la pertenencia a una familia lingüística común, la de los idiomas mayenses, el exitoso cultivo de una planta sagrada, el maíz, y una religión agrícola dotada de un calendario sofisticado. Los excedentes de la producción alimenticia auspician la aparición de un régimen teocrático con una casta sacerdotal poderosa, que promueve la construcción de centros ceremoniales imponentes.

La resistencia de los principados mayas a la conquista española resulta encarnizada, especialmente en Yucatán. Durante la época colonial, la parte meridional de la zona maya funciona, con el título de gobernación de Guatemala y Chiapas (una audiencia existe en Guatemala desde 1543), como apéndice del virreinato de Nueva España; Yucatán, a su vez, se convierte en otro apéndice del mismo virreinato ².

En el siglo XIX, después de la independencia y la provisional incorporación al efímero imperio mexicano de Iturbide (1822-1823), la zona maya —pero ya sin la península de Yucatán, sacudida por movimientos separatistas— formará parte de la casi nonata e inestable Confederación de las Provincias Unidas de Centroamérica, para dividirse progresivamente en los estados y territorios mencionados al comienzo ³.

La historia reciente de los diferentes fragmentos de la zona maya presenta, pese a todo, una serie de paralelismos notorios, en parte comunes a toda Centroamérica: conservadurismo y autoritarismo político, ausencia o fracaso de proyectos nacionales o regionales que incluyan la participación de la población indígena, casi siempre mayoritaria; atraso social, debido, sobre todo, a la demora, la interrupción o la incoherencia de la reforma agraria; frecuentes sublevaciones indígenas, a veces de gran envergadura ⁴; resistencia cultural de las colectividades indígenas y desconfianza frente a la arrogancia de la clase dominante *ladina*; penetración imperialista bajo formas

² La conquista de Yucatán, muy difícil, dura de 1527 a 1546. Los caciques Canek de Ta Itzá (Petén, actualmente Guatemala) resisten a los españoles hasta 1695. Cf. M. DE LA GARZA: *Literatura maya*, Biblioteca Ayacucho, núm. 57, Caracas, y R. KONETZKE: *América latina II: La época colonial*, España-México, Siglo XXI, 1979, 9.ª edición.

³ Cf. G. SANDNER/H. A. STEGER (editores): *Latinamerika*, Frankfurt, Fischer, 1973, y L. CARDOZA Y ARAGÓN: *Guatemala: las líneas de su mano*, México, F. C. E., 1976, 3.ª edición.

⁴ Las sublevaciones indígenas de mayor alcance en épocas relativamente recientes fueron: en Yucatán,